

II

ACONTECIMIENTOS Y LUGARES DEL JAPÓN CLÁSICO

LOS OTROS MONTES FUJI

El monte Fuji es el símbolo más importante de Japón. Es un pico de casi cuatro mil metros de altitud que está situado entre las prefecturas de Shizuoka y Yamanashi, y que es considerado sagrado desde la antigüedad. Retratado ininidad de veces por Katsushika Hokusai, se le considera un volcán activo de poca actividad —entró en erupción por última vez en 1707—. Ascenderlo es algo que pretenden la mayoría de los japoneses.

Su importancia espiritual es tan grande que incluso dio lugar al nacimiento de una especie de secta denominada Fuji-ko, formada por los seguidores de un místico Hasegawa Kokugyo, el cual, dice la leyenda, llegó a ascender hasta la cima del monte más de cien veces antes de fallecer en 1646. Los adoradores Fuji-ko se encargaron de levantar muchos templos a lo largo de la ladera, algunos de los cuales pueden ser visitados ahora por los excursionistas que deciden tomar una de las cuatro rutas principales que llevan hasta el punto más alto de la montaña.

El monte Fuji es Patrimonio de la Humanidad desde el 2013 y es por lo tanto difícil que un turista que viaja a Japón no se decida a visitarlo para fotografiarlo, estudiando primero las condiciones meteorológicas o cuáles son los lugares precisos desde donde sacar la instantánea perfecta. De todos modos, hay quien decide no emprender la escalada y quedarse en la zona bautizada como *la región de los cinco lagos*, un paraíso natural que con Hakone ha acabado siendo otro de los lugares turísticos por antonomasia del país, en el cual los viajeros pueden disfrutar de estupendos balnearios, paisajes repletos de flores de cerezo o impresionantes riachuelos.

De todas maneras, jalonar la cima del volcán es una tarea que no es tan fácil como parece, y hay sectores de la población que, por un motivo u otro, se han visto impotentes para cumplir el sueño. Por ejemplo, las personas de cierta edad, las que sufren problemas físicos o de salud, requieren un punto más de decisión para intentar cumplir ese dicho que asegura que todos los japoneses deben visitar el monte Fuji por lo menos una vez en su vida. Asimismo, hay a quien, a lo largo de la historia, se le ha prohibido acercarse a la montaña. Por ejemplo, en la época en la que los samuráis elegían la base del volcán para entrenarse en la lucha con catana, a las mujeres se les vetaba el ascenso por motivos religiosos.

Para estos desafortunados se construyeron réplicas del monte Fuji en la capital, de un tamaño minúsculo —la media de altitud se podría situar entre los quince y veinte metros— y provistos de facilidades para el ascenso, como pueden ser útiles escaleras o explanadas de descanso. El levantamiento de los cerros comenzó sobre todo en el siglo XVIII, cuando se vivía un *boom* sobre el monte Fuji, alentado principalmente por la información que aseguraba que el acercamiento al cráter auguraba un bienestar físico y espiritual sin parangón; los responsables de levantar las imitaciones perjuraron que estas cualidades mágicas del original se mantenían. Para que su argumento fuera fiable del todo, no dudaron en acicalar los montículos con reproducciones de temples, figuras de deidades y puertas sagradas.

A los facsímiles se les bautizó como Fujizuka. Se dice que en Tokio existieron al menos ochenta. El interés por ellos llegó hasta finales del siglo XIX. A partir de aquí, gracias a que se mejoraron las técnicas de escalada para afrontar la cima del monte Fuji de una manera más fácil y segura, el uso de los otros artificiales se reservó solo para esa gente débil o enferma que no podía acercarse hasta la región de los cinco lagos, o para los aficionados que entendían que desde su pico se podía captar las mejores vistas del volcán madre —en nuestra época, esto se desvirtuó bastante en el momento en el que los rascacielos de la ciudad comenzaron a bloquear la visión de los encantos naturales de las afueras—.

Hoy, si quieres visitar uno de los Fujizuka que queda en pie, puedes desplazarte hasta la estación de Ekoda, situada en Toshima, y caminar un par de minutos desde la salida norte. Allí encontrarás el **Ekoda no Fujikozuka (1 Chôme-59-2 Kotakecho, Nerima, Tokio 176-0004)**, un peñasco de ocho metros —el más conocido y concurrido—, incluso aunque, en realidad, su ascenso solo es permitido tres veces al año: desde el 1 al 3 de enero cuando se celebra el *hatsumôde*, la primera visita a un recinto sagrado tras el inicio del año nuevo; en el 1 de julio, cuando precisamente se abre la sesión de escalada al verdadero monte Fuji; o en el segundo sábado de septiembre, la fecha en la que se honra al santuario de Asama, el tabernáculo que sirve como entrada al Fujizuka.

Existe una alternativa al Ekoda no Fujikozuka cuyos aliados la hacen superior y que pasa completamente desapercibida hasta para los tokiotas. El **Shinagawa Jinja Fujizuka (3 Chôme-7 Kitashinagawa, Shinagawa, Tokio 140-0001)** está a poca distancia de la estación de Shimbamba. Sus casi quince metros de altura rezuman historia por todos los costados. Esto es así porque fue construido por los beatos de Fuji-ko entre 1869 y 1872, antes de que el sogunato prohibiera el culto religioso que profesaban. Para la faena se necesitaron hasta trescientas personas, que lograron un trabajo de remedo perfecto, y que luego tuvieron que refrendar el

Un Fujizuka de Meguro retratado por Hiroshige Utagawa



El santuario Shinagawa Jinja



El *shinbutsu bunri* reflejado por un artista desconocido



Daikokuten, dibujado por Kuniyasu

esfuerzo cuando se necesitó rehacer la obra después de que esta fuera destruida por un mandato político.

En relación con esto último, la orden que se promulgó para que se echase abajo el Fujizuka tiene que ver con el *shinbutsu bunri*, un término que describe la prohibición de fusionar el sintoísmo con el budismo en Japón, y que curiosamente apareció en una etapa virulenta justo un año antes de que se pusiese la primera piedra del Shinagawa Jinja Fujizuka. El montículo que prevalece fue erigido entre 1905 y 1923, durante unos años en los que su situación final estuvo programando de un hilo porque se estaba programando la construcción cercana de lo que sería más tarde la Ruta Nacional 15 (la vía que conecta Tokio con Yokohama, y que es conocida también como Dai-Ichi Keihin).

A principios de julio, en los diferentes santuarios que conforman el lugar, los clérigos realizan sus oraciones en una festividad de nombre *Shinagawa marukakô*, que fue bastante popular en su día; ahora, como digo, vive en el olvido. Los participantes se visten de blanco para concretar los rituales y luego se organizan para trepar a la cima de la imitación.

El lugar es digno de visitar porque guarda otras sorpresas interesantes como, por ejemplo, la exhibición de una estatua dedicada a Daikokuten, el dios que en Japón equivale a Mahakala, uno de los nombres del Shiva hinduista, y que seguramente fue colocada allí para prevenir las inundaciones que se pudiesen producir en el puerto de Shinagawa; otra de una levantada en honor de Bujikaeru, una rana a la que se le reza para pedir el regreso sano y salvo a casa; y la tumba de Taisuke Itagaki, un ideólogo, fue líder del Movimiento de la Libertad y de los Derechos Populares, el embrión de lo que acabaría siendo el primer partido político del país, y cuyo rostro apareció en los billetes de cincuenta sen y cien yenes emitidos por el Banco de Japón.

Es importante no olvidarse de señalar que el monte Hakone cuenta asimismo con su imitación en Tokio, el Hakone-Yama, situado en el **parque Toyama (3 Chôme-5 Ôkubo, Shinjuku, Tokio 169-0072)**. Esta colina artificial de casi cuarenta y cinco metros fue levantada por Mitsutomo Tokugawa en la época Edo. Para llegar a la cima existe una empinada escalera que aporta una presencia bastante peculiar, casi la misma que exhibe otra de esas escalinatas que «te acercan al cielo» si las subes, las **escaleras del santuario Atago (1 Chôme-5-3 Atago, Minato, Tokio 105-0002)**.

LA BATALLA DE LOS TEMPLOS PELEADOS POR EL FANTASMA DE YOTSUYA K Aidan

La historia de asesinato y maldición espectral protagonizada por Oiwa y Tamiya Iemon es la leyenda de terror y sobre fantasmas más célebre de Japón. Sin lugar a duda, la venganza cometida por la primera sobre el segundo rivaliza en aceptación popular con la pergeñada por los cuarenta y siete rōnin.

De hecho, este relato y el de *Chūshingura* retroalimentaron su notoriedad al ir de la mano en una sesión doble de teatro kabuki, desde el mismo momento en el que *Tōkaidō Yotsuya kaidan*, que fue como el autor Namboku Tsuruya IV tituló su obra escrita en 1825, se estrenó en el teatro Nakamura de Edo. El éxito del programa fue de tal envergadura que incluso los organizadores decidieron mezclar los diferentes actos que constituían cada propuesta, para formalizar una gran epopeya de resarcimiento capaz de calar entre la aristocracia y el pueblo llano.

El impacto del trabajo se debió también a que, como *Chūshingura*, *Yotsuya kaidan* se apoya en unos hechos reales, lo que acrecentaba el morbo entre los que asistían en su día al teatro. Tsuruya puso de su cosecha para formalizar un atrayente conjunto de hechos verdaderos y otros de ficción, siempre centrándose en un par de asesinatos cometidos en un entorno presidido por samuráis. El primero de los crímenes fue perpetrado por dos sirvientes, que no dudaron en acabar con la vida de sus respectivos amos; el segundo, acaso el más recordado, por un guerrero que decidió arrojar a una de sus concubinas y al amante de esta al río Kanda, después de descubrir su relación amorosa.



Las tumbas de los cuarenta y siete rōnin en el templo de Sengaku-ji

Yotsuya kaidan se ha llevado al cine más de treinta veces y ha sido representada en *ukiyo-e* por infinidad de artistas, estableciéndose una iconografía que ha influido en el modo de abordar el terror por los japoneses en sus diferentes plasmaciones artísticas. Así, para la gran pantalla, Nobuo Nakagawa firmaba en 1959 la que puede ser considerada mejor película del género realizada en Japón, *Tōkaidō Yotsuya kaidan* (1959), una de las obras maestras de la productora Shintohe, cuya puesta en escena ha salpicado a mucha de la literatura de suspense escrita en nuestros días y a las piezas de horror cinematográfico actual como *The Ring (El círculo)* (*Ringu*, 1998) y sus clones. En referencia al *ukiyo-e*, Hokusai abordó el mito en su serie *100 historias de fantasmas*, ofreciendo la imagen más alabada de Oiwa en la pintura, con el pincelado de su espíritu emergiendo de una lámpara y luciendo una gran cabeza de color blanco y unos ojos fuera de sus órbitas.

Al contar con cientos de versiones definidas durante todas estas décadas, la historia original ha sufrido muchas variaciones, e incluso a veces se confunde con otro relato de venganza femenina, con el titulado *Banchō sarayashiki*, en el cual, una criada de nombre Okiku es torturada por un déspota jefe de policía al haber roto uno de los platos de una valiosa vajilla. El origen sobre la leyenda de Okiku es desconocido, pero se sabe que se presentó en forma de *bunraku* en 1741 en el teatro Toyotakeza, bajo la adaptación escrita por Asada Itcho y Tarobei Tamenaga I, y que luego fue llevada al kabuki, siendo tal vez la mejor versión en esta modalidad la que Kido Okamoto produjo en 1916.



El complejo de tabernáculos Yōnji alberga uno de los templos que disputan ser el origen de la maldición

Tanto *Yotsuya kaidan* como *Banchō sarayashiki* se exhiben como alegatos a favor de la emancipación femenina y al desprecio contra las diferencias de clase. La virulencia con la que las protagonistas son asesinadas y sus no menos arrebatados desquites de ultratumba contrastan con la represión que la sociedad —y sobre todo las mujeres— estaba sufriendo en la época Bunsei, durante un momento en el que además los espectadores solicitaban que la exposición de las pasiones se tradujera en violencia sangrienta. Si Oiwa será encerrada con su amante en un tonel para hacerla desaparecer bajo las aguas de la ciénaga, a Okiku se le irá cortando un dedo cada día hasta que la agonía la lleve a arrojarle a un pozo —o, según la versión, a que el propio samurái la eche al hoyo después de haber sido rechazado sentimentalmente—; luego, la primera volverá del más allá convertida en un *onryō* marcado físicamente por la presencia de un ojo —o parte de la cara— deforme, fruto de las consecuencias del veneno usado por Iemon para matarla, y la segunda atormentará a su verdugo al tararear de forma constante una letanía desde su tumba en el fondo del pozo, finalizada con un grito espantoso después de que el espíritu haya contado hasta nueve como indicador de los platos no rotos por él.



Tsuyu no Tenjinja es un templo dedicado al Doble suicidio por amor en Sonezaki, la obra creada por Chikamatsu Monzaemon

Como no podía ser de otro modo, los amantes de estos relatos y de la temática sobre fantasmas en general tienen catalogados las localizaciones que podrían pertenecer a las leyendas. El más conocido es por supuesto el pozo de Okiku, el cual se yergue vigoroso en el **castillo de Himeji (68 Honmachi, Himeji, Hyōgo 670-0012)**, una de las fortificaciones con mayor número de visitantes del país, y que por su importancia histórica fue elegida por los productores de la película *Solo se vive dos veces* (*You Only Live Twice*, 1967) para coreografiar allí varias secuencias protagonizadas por el agente 007 —por cierto; los cineastas dañaron las instalaciones, y por esa razón, desde entonces, los japoneses se piensa mucho a quién ceder el lugar para que se filme entre los muros—.

Para enlazar la tragedia de Okiku con Himeji, los responsables decidieron echar mano de la versión del cuento en la que el alto protagonismo del baluarte le lleva a ser un personaje más. De esta manera, si compruebas una placa colocada en los bajos de las instalaciones, verás que se relata ese *Banchō sarayashiki* en el que Okiku es testigo de una conversación en la que el samurái Tetsuzan Aoyama pretende el control de la fortaleza, que en esos momentos es gobernada por *lord* Norimoto; Okiku revela su descubrimiento a su amante Kinugasa

Motonobu, un guerrero de buen corazón que advierte a Norimoto de la traición. A la par que el señor feudal escapa de su asesinato, la sirvienta es cortejada por un soldado que la chantajea sobre el secreto, advirtiéndole que, si no acepta su propuesta de matrimonio, correrá hasta Tetsuzan para explicarle que fue ella la que informó a Motonobu de la felonía organizada a sus espaldas. Para hacer aún más creíble su relato, el malandrín sustrae un plato de gran valor de la porcelana familiar heredada por Tetsuzan y le indica a este que el robo fue perpetrado por la criada. En un último intento por conquistarla, el malvado le asegura a Okiku que, si se casa con él, hará todo lo posible para limpiar su imagen ante Tetsuzan. Pero, cuando la mujer vuelve a rechazarlo, el hombre le asesta un golpe mortal con su espada y luego esconde el cuerpo en el pozo del castillo.



El Castillo de Himeji, localización principal de la tragedia protagonizada por Okiku

La figura del famoso hoyo ha sido repescada por los autores de *The Ring* (*El círculo*), remachando su presencia como punto desde donde surge el *yūrei* vengador, ataviado con camión blanco y ocultando su rostro bajo una mata de largos cabellos negros, tal como marca la iconografía ligada al fantasma femenino japonés. Además de acercarte hasta el pozo, en el pueblo de Himeji puedes contemplar un pequeño santuario de nombre **Jūnisho (120 Shinobumachi, Himeji, Hyōgo 670-0911)**, que fue construido para honrar la solidez del amor que Okiku había profesado a Motonobu, y que está situado a poca distancia de la estación de San-yo Himeji.

Las ubicaciones relacionadas con el fantasma de Oiwa son más difíciles de clarificar: hay varios templos que se disputan el estar construidos en el lugar exacto donde se produjo la desdicha y otro en el que se supone que descansan los restos de los implicados.

Yendo con los primeros, que, por supuesto están construidos en el barrio de Yotsuya, Shinjuku, el santuario que gana la partida a los demás es el **Oiwa Inari Tamiya Jinja (18 Samoncho, 1-8, Shinjuku, Tokio 160-0017)**. Curiosamente, este minúsculo oratorio es el menos conocido y sufre un ostracismo provocado con toda seguridad por la magnificencia e importancia del complejo de capillas que se encuentra en la misma calle, el conocido bajo el nombre de templo **Yōnji (18 Samoncho, Shinjuku, Tokio 160-0017)**. Verás que a la entrada de ambos lugares se alzan unas llamativas banderolas de color rojo, cuyas proclamas aseguran que, tras sus puertas, se encuentra el verdadero tabernáculo sobre *Yotsuya kaidan*. Para llegar a ellos, bájate en la estación de Yotsuya-sancho y camina unos cinco minutos desde la salida 1 o salida 3; la distancia entre ambos es insignificante.

El pequeño santuario alardea de ser un sitio histórico designado por el ayuntamiento de Tokio. Es cierto que la leyenda de Oiwa nació aquí. La historia es bastante diferente a la

Yotsuya kaidan por Toyokuni III



luego promulgada desde una perspectiva fantasmal. En realidad, Oiwa era una mujer que vivió de forma austera en la zona y que se casó felizmente con su marido Iemon doscientos años antes de que se estrenase la obra de kabuki; en cierta manera, acabó siendo un modelo de virtud para el resto de las féminas de la zona, máxime cuando su inclinación cotidiana era la de pasarse horas y horas rezando en una ermita que la familia Tamiya había construido en el jardín. Oiwa adoraba dos rocas que se habían enclavado en la zona central del vergel, un par de peñascos de los cuales se acabó diciendo que eran mágicos, porque, gracias a esa idolatría, los Tamiya pudieron sortear unos acuciantes problemas económicos.

Nobuo Nakagawa dirigiendo la versión cinematográfica más célebre sobre *Tôkaidô Yotsuya Kaidan*



Onoe Matsusuke escenificando el mito de Yotsuya Kaidan

Tras la muerte de Oiwa, se construyó alrededor de las rocas un santuario, que habría estado donde ahora se levanta Oiwa Inari Tamiya Jinja. De todos modos, dos siglos después, cuando la historia de la familia todavía era célebre entre la aristocracia, Tsuruya tomó prestado el nombre de Oiwa para fantasear con el añadido de otros misterios sucedidos alrededor del año 1715. (Por culpa del trabajo de recopilación del dramaturgo, hoy se debate sobre qué hay de verdad o falso en las circunstancias extrañas que llevaron a Oiwa a desaparecer y morir enajenada por culpa del desamor con su esposo, y a la maldición que asoló luego a la familia Tamiya, cuyos componentes fueron feneciendo poco a poco durante esos años de un modo abrupto.)

Por desgracia para los herederos de los Tamiya, su hogar y el santuario original ardieron bajo el fuego en 1879, y por eso se tuvo que construir otro templo en la zona de Chuuô, donde los admiradores de la obra de kabuki podían acercarse para reverenciar a la protagonista del drama. El nuevo oratorio fue destruido también por las bombas incendiarias lanzadas en la II Guerra Mundial, pero se decidió volver a levantarlo poco después en su situación original. De paso se aprovechó el plan en 1952 para reconstruir en Yotsuya el templo de la familia Tamiya.

Por lo tanto, hoy en día perviven esos dos puntos importantes sobre la mujer, que comparten el mismo nombre de Oiwa Inari Tamiya Jinja; ten cuidado de no confundirte cuando organices la visita a uno de ellos; el de Chuuô está exactamente en **Oiwa Inari Tamiya Jinja (2 Chôme-25-11 Shinkawa, Chuuô, Tokio 104-0033)**, y guarda en su interior las legendarias rocas de Oiwa. El sitio, por cierto, fue propiedad de uno de los actores de kabuki más legendarios, Sadanji Ichikawa, y se dice que los profesionales del teatro venían aquí a pedirle a Oiwa que les confiriera suerte en sus proyectos artísticos.

Alrededor del Oiwa Inari Tamiya Jinja de Yotsuya se suelen organizar eventos nocturnos con un guía que describe a los participantes las historias sobre fantasmas más socorridas en Japón —infórmate por ejemplo sobre el *Haunted Tokyo*—, aprovechando de paso el hecho de que alguien le atribuyó al santuario la característica de inmueble tocado por una maldición —una habladría señala

que unos sucesos inexplicables salpicaron a varios montajes y películas sobre *Yotsuya kaidan*, y que los responsables se acercaron al templo para pedir clemencia—.

¿Qué ocurre entonces con el templo más célebre sobre la leyenda? Yōnji fue construido a principios de la era Shōwa como una sede para la rama del budismo conocida como Nichiren. Cuando el culto a Oiwa fue trasladado a Chuuō, las agrupaciones de kabuki que funcionaban en Shinjuku decidieron establecer en Yōnji su propio centro de peregrinaje; se dice que lo hicieron para preservar el mito, pero en realidad fulguraba entre sus líderes un poco de envidia por el éxito económico que estaban aportando las rocas de Oiwa a los guardianes actuales de semejantes elementos inanimados.

La mejor manera de explotar el *merchandising* alrededor de *Yotsuya kaidan* fue la de abrazar por supuesto los tintes terroríficos inventados por Tsuruya, así que se decidió acicalar Yōnji con elementos que apuntasen solo a la obra escrita. Incluso, muchos periódicos de la época Meiji, como por ejemplo el *Tokyo mainichi shimbun* o el *Tokyo akebono shimbun*, se hicieron eco de los numerosos intentos de un hombre apellidado Ogawa para construir unas piedras parecidas a las de Oiwa o que tuviesen las mismas características mágicas.

Yōnji también fue destruido por las bombas americanas y rehecho en la posguerra. Cuando en 1957 se designó al templo como propiedad cultural de gran valor por el barrio de Shinjuku, los medios volvieron a aportar un dato no demasiado contrastado sobre que el edificio se había erigido en su día encima de un pozo de virtudes fantásticas, y que su primera estructura estaba originada a partir del cincelado de una pared rocosa que había bajo un árbol divino. Ahora, en su interior, se puede apreciar un pozo que los responsables han ligado al mito de Oiwa como si quisiesen fusionar la maldición de esta con la de Okiku, y también se exhiben las réplicas de las piedras guardadas en Chuuō. En cierto modo, Yōnji representa el aspecto comercial de la leyenda, la cual es explotada por numerosas empresas en Japón de un modo similar; por ejemplo, Iseya Co. Ltd. gestiona varios *cementerios Yotsuya kaidan* que están desperdigados por el país.

Lo más curioso de estos templos es que ninguno custodia la tumba de Oiwa. Supuestamente, la mujer falleció el 22 de febrero de 1636 y fue enterrada en el templo **Myōkōji (4 Chōme-8-28 Nishisugamo, Toshima, Tokio 170-0001)**, al que puedes acceder fácilmente si te bajas en la estación de Nishi-Sugamo y sales por su salida 4 —el edificio se había construido doce años antes del fallecimiento de la noble en Yotsuya, pero fue trasladado a su ubicación actual en 1909—. Como hay documentación que asegura que no se sabe a ciencia cierta cuál fue el destino de Oiwa, también se pone en entredicho que los restos que descansan allí sean los suyos; algunos estudiosos perjuran que la tumba es de la esposa de Imiya Tamiya, el samurái líder perteneciente a la segunda generación de la familia. Sea como sea, hay un dicho en la capital que advierte al visitante de Myōkōji de que, si se acerca al sitio solo por mera casualidad y no para reverenciar de forma profunda al espíritu de Oiwa, saldrá del retablo con un ojo deteriorado; así que ya sabes a qué atenderle.

LA TUMBA DE HATTORI HANZŌ

Cuando la novia interpretada por Uma Thurman en el díptico *Kill Bill* pide auxilio a un forjador de catanas indestructibles, la persona a la que elige es un secuaz retirado, que vive oculto bajo la identidad de cocinero y que responde al nombre de Hattori Hanzō. Quien da vida a este personaje es el legendario Sonny Chiba, uno de los actores del cine clásico de acción japonés mejor recordados. Quentin Tarantino se aprovechó de su presencia para elaborar uno de sus omnipotentes *gimmicks*, apoyándose en la experiencia cinematográfica del japonés como especialista de películas sobre *ninjas*.

Y es que Hattori Hanzô, un samurái nacido en 1541 y posiblemente asesinado en 1596, representa el arquetipo de guerrero *ninja*. Conocido también por el apellido de Masanari o Masashige, el hombre contribuyó con sus éxitos en las batallas al ascenso de Tokugawa Ieyasu, liderando una unidad de ciento cincuenta hombres que operaba en la provincia de Iga, zona que precisamente se relaciona con los *ninjas* o con los espías feudales.

La figura de Hattori Hanzô ha llegado al universo de los videojuegos, véase por ejemplo *Assassins Creed*



Sonny Chiba dando vida a Hattori Hanzô en *Kill Bill*



Debido a sus envidiables conocimientos de táctica militar y a su destreza con las espadas, se hizo tan invencible que incluso varias odas que cantan sus triunfos hablan de la posibilidad de que disfrutase de poderes telepáticos, de teletransporte y de telequinesis. Esto ha provocado que su figura haya sido explotada en la cultura popular de un modo constante a lo largo de los años. Ahora Hattori Hanzô es el protagonista de muchas películas del género fantástico, de manga y hasta de videojuegos. Además, como no podía ser de otro modo y como ocurre con los demás samuráis famosos, su nombre es utilizado para bautizar restaurantes de comida japonesa que se abren a lo largo de todo el mundo.

Su excelente relación con el sogunato propició que su legado pueda ser revisado a través de la localización de infraestructuras ligadas al poder. Así, en el Palacio Imperial de Tokio aún pervive una puerta levantada en su honor; esta Hanzômon, además, da nombre a una línea de metro de la ciudad y a una estación construida cerca de donde habría estado la casa del *ninja*.

Huelga decir que los seguidores de la cultura *ninja* deben organizar en su plan de viaje una visita a la prefectura de Mie, sin olvidar el pararse antes de ir allí en Kôka para recrearse en el **Pueblo Ninjutsu o Kôka Ninja Village (394 Kokacho Oki, Koka, Shiga 520-3405)**. En la tierra de la familia de Hattori Hanzô existe otro museo que organiza eventos para explicar cómo era la vida de los *ninjas*, y que responde al nombre de **Iga-Ryu Ninja Museum (117 Uenomaruouchi, Iga, Mie 518-0873)**; aquí, como también en el de Kôka, los turistas pueden experimentar las tácticas empleadas por aquellos espías invisibles, atravesando habitaciones ocultas o intentando acertar en la diana con el lanzamiento de afilados *shuriken*. Por si fuera poco, en Ise es muy popular el parque temático **Ninja Samurai Kingdom (1201-1 Futamicho Mitsu, Ise, Mie 519-0603)**, jalonado por una réplica del castillo de Azuchi, en el cual puedes ejercitar la cultura *cosplay* vistiéndote con ropajes de *ninja* o samurái, descansar en *onsen* artificiales o jugar en atracciones organizadas alrededor de la época Edo.

Desde un prisma tal vez más académico, Hattori Hanzô puede ser revisado con una visita a su tumba, la cual es poco conocida y está emplazada en Yotsuya, en la zona donde acabamos de ver que varios templos se disputaban el origen de la leyenda sobre el fantasma de Oiwa. Por lo tanto, te tienes que

bajar en la estación de Yotsuya-sanchome, o incluso mejor en la de Yotsuya, y caminar hacia un templo budista llamado **Sainenji (2-9 Wakaba, Shinjuku, Tokio 160-0011)**, destruido en la II Guerra Mundial pero vuelto a levantar en 1961.

El sepulcro del *ninja* se encuentra fuera del edificio principal, a mano derecha, bajo unos árboles y cerca de un aparcamiento. Hay que señalar que el hombre también fue conocido por el apelativo de Hanzô el de la pica, porque su maestría con una lanza que le había regalado Tokugawa Ieyasu le hacía ser temible en la batalla, incluso para ser descrito como si fuese un demonio; antes de fallecer, el *ninja* donó esta asta y su casco para que fueran exhibidos, y ahora la primera reposa en el interior de Sainenji para todo aquel que desee contemplarla.

La idea de erigir el templo partió de un suceso que marcó la vida de Hattori Hanzô. En la época en la que Ieyasu todavía no había entrado en la capital, el Tokugawa deseaba fortalecer lazos de unión con el poderoso *daimyô* Oda Nobunaga, y por eso, cuando este culpó a su primer hijo, Nobuyasu Tokugawa, de planear una traición contra su persona, no le quedó más remedio que aceptar la solicitud de que se ordenase al joven el cometer *seppuku*. Ieyasu pidió entonces que Hanzô presidiese el suicidio y que fuera el encargado de decapitar al inmolado, pero el *ninja* no pudo cumplir el mandato, tal era su devoción por los Tokugawa; tras el suicidio de Nobuyasu, Hanzô decidió entonces raparse el pelo y abandonar las armas para dedicarse a la oración budista y convertirse en un monje de nombre Sainen.

En 1593, tres años después de situar su centro de mandato en Edo, Ieyasu entregó una fuerte suma de dinero a Hanzô para que con él se pudiese construir un templo en una zona cercana a lo que es hoy el Palacio Imperial de Tokio, justo sobre un oratorio donde el antiguo *ninja* había enterrado el cabello de Nobuyasu, con la intención de honrar el recuerdo del fallecido. Por desgracia, Hanzô murió poco después y el encargo tuvo que ser concretado por otros, los cuales edificaron un santuario al que llamaron Anyoin, donde trasladaron los restos del *ninja*. En 1634, el sogunato ordenó que los templos del palacio se reubicaran fuera del complejo imperial, pues tenían previsto aumentar sus instalaciones, y por esta razón Anyoin fue llevado a Yotsuya, donde perdió su nombre por el de Sainenji.

Si quieres contemplar los restos de la lanza de Hattori Hanzô, el metro y medio que queda de los cuatro originales, se te animará a que hagas una donación simbólica de cien yenes; no podrás tocarla porque los daños causados por el incendio provocado en la II Guerra Mundial la han hecho extremadamente frágil. Por otro lado, además de la tumba de Hanzô, en el recinto se encuentra un pequeño monumento que fue el cincelado para honrar a Nobuyasu; no así el nicho de este, porque el samurái descansa eternamente en Shizuoka.

Para completar tu visita a la zona con otro paseo por el Tokio más tradicional, te recomiendo que gires sobre tus pasos y encares la parte norte de la estación de Yotsuya-sanchome, el barrio que brilla con luz propia entre este punto y la estación de Akebonobashi. Conocido como Arakicho, este lugar es un pequeño reducto de restaurantes, bares y cafeterías que compite últimamente en popularidad con los sitios de diversión nocturna más manidos de Shinjuku. Los taberneros y los comerciantes actuales han aprovechado los comercios tradicionales que una vez constituyeron el *hanamachi* de Araki-cho, célebre entre los samuráis y en la época Meiji debido a la estrechez de unas callejuelas que casi permitían pasar de un local a otro con solo estirar una pierna.

En Arakicho subsisten varias ruinas de aquella época, entre *izakaya* remodelados y construcciones *cool*, y se mantiene la angostura de las correderas. Si tienes tiempo, además de cenar por la noche aquí, durante el día puedes visitar el **Museo Histórico de Shinjuku (12-16 Yotsuya Saneicho, Shinjuku, Tokio 160-000)**, que, como bien señala su denominación, está dedicado al repaso del devenir del famoso barrio en todas sus épocas, y

La tumba del ninja en Sainenji



asimismo puedes fotografiar el santuario **Tsunokami Benzaiten (10-9 Arakicho, Shinjuku, Tokio 160-0007)**, que protege un estanque de nombre **Muchi no ike**, mítico por ser lo que queda de una cascada donde Tokugawa Ieyasu lavaba su lanza tras ir de caza.

Luego a cualquier hora puedes recorrer la escalinata **Nakasaka**, montada en 1932 al lado de Tsunokami Benzaiten, de la misma manera que alguna vez lo hicieron las doscientos treinta *geishas* catalogadas en la zona (la empinada escalera está listada en un informe gubernamental que marca las veintitrés construcciones de este tipo que merecen ser visitadas por su importancia histórica).



El memorial que marca el sitio donde estaban los terrenos de ejecución de Suzugamori

EJECUCIONES EN SUZUGAMORI Y MALDICIONES DE SAMURÁIS SIN CABEZA

Con guerras o sin ellas, los samuráis y *rônin* se han presentado siempre como figuras belicosas capaces de teñir el país de sufrimiento, aportándole una peligrosidad considerable y haciendo que las armas, por lo menos las cortas, estuviesen presentes de forma constante. Para intentar mantener la ley —y también como advertencia para todo aquel que osase ir contra el sogunato—, los mandamases establecieron en las entradas de las grandes ciudades los puntos de ejecuciones públicas; así, las cabezas cercenadas o los cuerpos inertes que se balanceaban en las sogas eran contemplados con espanto por la plebe, a la cual no le quedaba más remedio que recapacitar sobre las consecuencias de transgredir las normas de convivencia.

Como veremos más adelante, las torturas y los ajusticiamientos estuvieron al orden del día en Japón, hasta el punto de que los desmanes cometidos por la inquisición europea palidecen ante la crueldad asiática. Al no registrarse con exactitud el número de condenas, no se puede saber la magnitud verdadera del fenómeno, pero sí que se cree que aproximadamente, entre el año 1600 y 1900, los jueces ordenaron ejecutar entre trescientas y seiscientas mil personas solo en Tokio.

El espacio más célebre utilizado para estas prácticas se situó, como no podía ser de otro modo, en la capital, justo a la entrada ubicada en la zona sur del *shukuba* de Shinagawa, en la carretera de la ruta Tōkaidō. De nombre Suzugamori, aquí los Tokugawa masacraron a los conspiradores, a los delincuentes y a los cristianos en la época Edo, desde el año de su inauguración, 1651, hasta la clausura en 1871. En 1695 se estimó su tamaño: setenta y cuatro metros de ancho por ocho de largo. Luego acabó formando parte de las instalaciones del templo budista **Taikyōji (2 Chôme-5-6 Minamioi, Shinagawa, Tokio 140-0013)**, que, aunque ahora tenga una apariencia muy moderna, fue inaugurado en 1862.

Como en aquellos días, Shinagawa era un terreno yermo que estaba al lado de la bahía. Muchas de las ejecuciones se producían a orillas del mar o en las propias aguas si se había decidido matar por asfixia al reo. Luego se traían los cadáveres hasta Suzugamori para su exposición. De todas maneras, hay que destacar el hecho de que los linchamientos en sí eran tan sanguinarios que bastantes veces se ocultaban a los curiosos, a los cuales no se les permitía ir más allá de un viaducto conocido como **El Puente de las Lágrimas (140-0011, 2 Chôme-27-7 Higashioi, Shinagawa, Tokio 140-0013)**, que puedes visitar aún hoy en día en su ubicación original. El nombre de la pasarela tiene relación asimismo con el hecho de que los familiares de las víctimas acompañaban a estas, y era aquí donde se tenían que despedir entre sollozos. Muchos luego intentaban agudizar la vista para intentar contemplar la ejecución que estaba teniendo lugar a pocos metros de allí.

El Puente de las Lágrimas está entonces en la propia Kyu-Tôkaidô Street, por la que tienes que dirigirte hacia el sur hasta encontrarte con los restos del mítico lugar, el sitio bautizado ahora como **terrenos de ejecución de Suzugamori (2 Chôme-7-3 Minamioi, Shinagawa, Tokio 140-0013)**, donde se ha levantado un memorial. Aunque cambiadas de posición, se conservan las bases agujereadas donde se introducían el poste para las crucifixiones y la mesa metálica para el suplicio con fuego. Las reconocerás fácilmente si tienes en cuenta que la primera es redonda y la del asador, cuadrada. Y también pervive el pozo donde supuestamente se lavaban las cabezas escindidas, aunque este dato no es muy creíble porque se sabe que el penal de Suzugamori solo estaba especializado en el uso de cruces, ahogamiento y quemadura como métodos de martirio. Con toda probabilidad, en el hoyo, envuelto ahora en una malla que a duras penas deja ver su interior, se limpiaban las armas y las herramientas utilizadas.

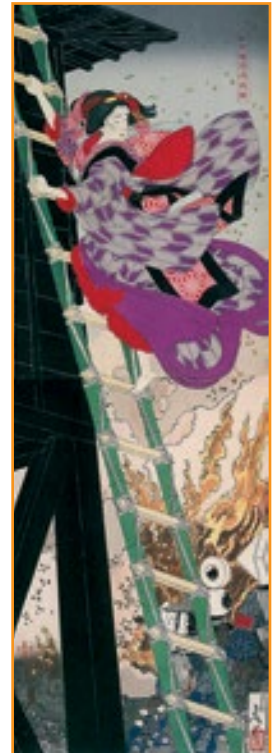
Alguna fuente señala que Suzugamori se había levantado al principio en la zona de Shiba, un poco más al norte de su posición final, pero que se había tenido que desplazar debido a que el aumento de delincuentes que esperaban ser procesados provocó la necesidad de organizar las ejecuciones en un asentamiento de Shinagawa más abierto. Compitiendo en importancia con los otros patibularios construidos en los *shukuba* de Edo, los penales de Itabashi y Kozukappara, Suzugamori alcanzó la cifra de ciento cincuenta mil muertos o incluso de doscientos mil mientras estuvo funcionando. Se dice que el cuarenta por ciento de sus ejecuciones se apoyaron en pruebas falsas, un detalle que acrecienta lo negruzco de semejante sitio histórico.

Se piensa que Marubasi Chûya posee el dudoso honor de ser la primera persona ejecutada allí, después de haber encabezado un golpe de estado fallido contra el sogunato que se produjo en 1651 y que se conoce como *el levantamiento de Keian*. Este *rônin* experto en el manejo de la lanza había organizado un plan consistente en que, mientras atacaba el castillo de Edo y provocaba la confusión con el estallido de muchos barriles de pólvora, su camarada Yui Shôsetsu lideraría un segundo batallón contra el baluarte de Sunpu, Shizuoka, y luego marcharían todos los rebeldes hacia Kioto y Osaka. Los sediciosos estaban hartos de que la

Marubashi Chûya en el teatro



La pirómana Yaoya Oshichi fue quemada viva en Suzugamori



nueva política de los Tokugawa los hubiese despojado de privilegios, abocándolos a ser errantes sin trabajo, pero Chûya cayó enfermo y sus secretos dejaron de serlo al revelarlos en la cama durante sueños delirantes. A la par que Shôsetsu fue obligado a suicidarse, Chûya sufrió la crucifixión en Suzugamori. El *rônin* está enterrado en el templo **Jigenji (2 Chôme-12-39 Takada, Toshima, Tokio 171-0033)** y su pequeño panteón es digno de ver.

Otra celebridad injusticiada en Suzugamori fue Yaoya Oshichi, la cual fue condenada a morir quemada viva para equiparar la punición con los efectos de su crimen, que había consistido en hacer arder su casa. El caso es que esta chica de dieciséis años, hija de un verdulero, se enamoró locamente de un monje de nombre Saemon, que la acogió cuando un incendio destruyó su hogar. Oshichi se obsesionó tanto con el hombre que, para poder volver al templo y convivir otra vez con él, no dudó en prenderle fuego a su nueva vivienda.

Una anécdota interesante de la historia tiene que ver con el hecho de que el magistrado que la juzgó intentó salvarla echando mano de una ley de la época por la cual los menores de dieciséis años no podían ser condenados a muerte. En el careo, el funcionario la animó hasta dos veces a que respondiera que contaba con quince años de edad, pero dado que Oshichi se empeñó en ser sincera, al hombre no le quedó más remedio que sentenciarla al suplicio total.

Tres años después del suceso, en concreto en 1686, el famoso cronista Ihara Saikaku popularizaba la desventura de Oshichi en uno de sus recopilatorios de cuentos sobre amor, titulado *Kôshoku gonin onna*. A partir de aquí, la joven se convirtió en figura relevante para multitud de artistas que desearon plasmarla en otras novelas, en láminas de *ukiyo-e* y en el teatro.

Si no estás por la zona, o por tu plan de viaje te resulta difícil visitar Suzugamori, a lo mejor puedes intentar acercarte al otro lugar de ejecuciones antes mencionado, **Kozukappara (2 Chôme-34-5 Minamisenju, Arakawa, Tokio 116-0003)**, en el que también se mantienen algunos restos —aunque casi todos están cubiertos por la línea ferroviaria de la línea JR Joban— y monumentos conmemorativos —destaca una estatua budista *jizô* construida en 1714—. Puedes completar la visita con el **museo Arakawa Furusato (6 Chôme-63-1 Minamisenju, Arakawa, Tokio 116-0003)**, donde se exhiben armas y herramientas utilizadas para los ajusticiamientos.

El sitio se inauguró en 1651 y funcionó hasta que el Gobierno se vio obligado a cerrarlo en julio de 1873 para demostrar a las naciones occidentales que Japón estaba dispuesto a erradicar el salvajismo en las penas de muerte. Dentro de la purga de Ansei, allí murieron

Un fotograma del manga *Ashita no joe* que muestra al protagonista cruzando El puente de las lágrimas



varios de los dirigentes que deseaban renovar el sogunato de los Tokugawa en vías de adaptarse a los estándares occidentales.

Kozukappara destacó por ser un ejemplo de brutalidad máxima, dado que se enterraban vivos a los condenados, dejando solo que su cabeza sobresaliese para que los perros y las alimañas los mortificaran hasta la muerte con sus colmillos. Los cuerpos de los reos quedaban tan diseminados que incluso hasta el penal se acercaban los médicos y especialistas en anatomía más reputados, véanse por ejemplo Sugita Genpaku o Katsuragawa Hoshû, para realizar trabajos de disección.

De un tamaño de ciento ocho metros de ancho y cincuenta y cuatro de largo, este centro de condenas estuvo rodeado o formó parte de muchos templos porque se utilizó también como lugar de cremaciones. Sus instalaciones fueron recolocadas varias veces durante los años de funcionamiento. En nuestros días, se considera que el punto es un tabernáculo de devoción conocido como Enmeiji, porque en 1741 fue levantado un templo de igual nombre en la zona para que los familiares pudieran orar en él por sus muertos.

Existen grabados de la época que muestran cómo se ejecutaban a los criminales en Kozukappara, cortándoles la cabeza ante la mirada insólita de muchos samuráis. Este método de ajusticiamiento se hizo allí tan popular que a la propia estatua *jizō* citada antes se le conoce con el apelativo de *kubikiri* ('cuello cortado').

Hablando de cabezas seccionadas, Taira no Masakado se despidió de la suya cuando en el año 940 fue ajusticiado por dirigir una revuelta concebida en la región de Kantō, lo que se vio como un intento de derrocar el Gobierno central de Kioto. Como solía ocurrir en estos casos, la testa se expuso en la ciudad para que sirviera como escarmiento y aviso a los traidores en potencia. La figura de Masakado representa la rivalidad que ha habido siempre entre Tokio y Kioto —y entre las regiones de cada capital—. Por eso mismo, el hombre es considerado un héroe por muchos o un impío por otros tantos.

Lo interesante ahora para nosotros es que alrededor de su historia se fomentaron varias leyendas fantasmales. La más interesante es aquella que señala que su cabeza salió de Kioto flotando por el aire en busca de su cuerpo y se posó en una zona de Tokio, donde se erigió un túmulo sagrado en su honor. Esto pudo suceder porque, según la fábula, Masakado sería el equivalente nipón de Aquiles, un semidiós que al nacer fue bañado por la luz emitida por otra deidad para hacerlo indestructible, y que una flecha mortal le habría alcanzado en el único punto de su cuerpo que había quedado a la sombra mientras absorbía el haz milagroso.

Tras el terremoto de Kantō de 1923, se construyó un edificio perteneciente al Ministerio de Finanzas sobre la tumba que luego acabó ardiendo —además de que murieron misteriosamente catorce funcionarios—. Luego, después de la II Guerra Mundial, se planificó la construcción en el mismo punto de un aparcamiento para las fuerzas aliadas, que nunca se llevó a cabo por el repentino fallecimiento de uno de los operarios. Digamos que se extendió un mensaje entre la población que advertía sobre los peligros de molestar a la cabeza de Masakado. El **Memorial de la Cabeza de Taira no Masakado (1-1 Ôtemachi, Chiyoda, Tokio 100-0004)** sigue aún en su sitio original, rodeado de altos edificios de oficinas. Si hay quien dice que la parcela está embrujada, también los hay que vienen a venerar al antiguo samurái por considerarlo un espíritu protector de Tokio.



El ajusticiamiento de la geisha Okinu Yorashi



La cabeza voladora de Masakado

SANTUARIOS ALGO EXTRAÑOS

Por supuesto que los escenarios secretos del Japón clásico no se resumen solo en montículos creados por sectas, prisiones donde se mortificaban a los presos o cenagales de suicidio. El Japón de las *geishas*, de la ceremonia del té o del cerezo en flor también cuenta con lugares interesantes y no demasiado difundidos, que se apartan de la faceta oscura de la historia de la nación. En este apartado vamos a centrarnos de momento en los santuarios mayestáticos que poseen algún tipo de extravagancia.

Sin salir de Tokio, se debe nombrar aquí al **santuario Yasukuni (3 Chôme-1-1 Kudankita, Chiyoda, Tokio 102-8246)**, no por su rareza, ya que, en pureza, es muy famoso debido a la polémica que suscita entre los países vecinos de Japón el que se venera aquí a más de mil sentenciados por crímenes de guerra. Independientemente de esto, Yasukuni tutela el **Yūshūkan (3 Chôme-1-1 Kudankita, Chiyoda, Tokio 102-0073)**, el primer museo dedicado a la guerra del país, establecido en 1882. Sus exhibiciones están dedicadas a los combatientes nipones a lo largo de la historia y contiene información muy valiosa al respecto, así como máquinas bélicas difíciles de encontrar en otros sitios, como puede ser un avión Zero.

También podríamos seguir inspeccionando el **templo Tamagawa-daishi (4 Chôme-13-3 Seta, Setagaya, Tokio 158-0095)**, cuya peculiaridad reside en que se encuentra bajo tierra, lo que lo hace poco conocido y visitado. Se encuentra en el área de Futako-Tamagawa, que es un sitio *chic* de la ciudad —elegido por muchas celebridades niponas para vivir— ignorado para los extranjeros, pero que en breve superará en popularidad a Shimokitazawa o Kōenji, gracias a sus centros comerciales de lujo, a sus cafeterías de diseño y a su relativa proximidad con el conocido como **parque Ravine de Todoroki (1 Chôme-22 Todoroki, Setagaya, Tokio 158-0082)**, una vereda de setecientos metros muy fotografiada y recorrida por la belleza del riachuelo y de los árboles que conforman el barranco, o **La Vita (2 Chôme-8-3 Jiyugaoka, Meguro, Tokio 152-0035)**, una zona comercial apodada *Little Venice* porque presenta la apariencia de un minúsculo trozo de la ciudad italiana de los canales.

En la entrada del templo tienes que sacarte los zapatos y dejar cien yenes de propina, y escribir tu nombre en el libro de visitas si así lo deseas. A continuación, podrás descender por un túnel construido en 1934 de unos cien metros que representa los intestinos de la reencarnación Vairóchana de Buda. El lugar está a oscuras porque se supone que la penumbra amplifica el aspecto espiritual. Sea como sea, es difícil —no imposible— sacar fotografías de las trescientas estatuas —las cuales simbolizan a ochenta y ocho templos de Shikoku, y a treinta y tres lugares santos de Saigoku— que descansan a los lados, y del sitio en general, máxime cuando por la zona se mueven monjes que miran por proteger el contexto sagrado.

A lo largo de todo el archipiélago se desperdigaron cientos de santuarios tan extraños como este, y por eso seguro que tú mismo conoces alguno que podría ser nombrado aquí. Uno de ellos, emplazado al sur de la estación JR de Hisano en Osaka, podría ser el **Senkōji (4 Chôme-12-21 Hirano Honmachi, Hirano, Osaka, 547-0044)**, porque parece un parque temático, al contar con

La sala *Jigokudo* del templo Senkōji



salas dedicadas a varias facetas de la cultura popular. Así, una de ellas está decorada para que los niños puedan disfrutar de la instalación; otra simboliza el mundo de Buda desde una perspectiva surrealista; y la más reconocida es aquella que representa lo que sería el interior del infierno.

Para entrar en esta última, conocida como *Jigokudo*, antes tienes que acercarte a una máquina que te hace varias preguntas, con las cuales se puede dilucidar si tu destino es el cielo o el averno. En teoría, la habitación se construyó en 1989 y se engalanó con estatuas gigantes de demonios y representaciones histriónicas, con la intención de frenar la ola de suicidios que asolaba Osaka.

Y es que a los que se querían inmolar se les invitaba a que se acercasen antes a este *Jigokudo* para que observaran el entorno tan terrible en el que iban a tener que vivir para toda la eternidad si finalmente decidían quitarse la vida.

Senkōji posee las paredes de madera más antiguas de la región y forma parte de un recinto que pertenece a una calle comercial Shōwa, que se ha querido revitalizar con la inclusión de museos y tiendas de estilo moderno. Este perímetro fue en su día un pueblo independiente, al que se le construyó un foso circundante para separarlo del resto de Hirano y Osaka. Entre sus propuestas destacan **Omoroan**, una casa de té que es además un museo dedicado a los puzzles; el **museo Shinbunyasen**, para los amantes del periodismo; o el **museo Gurumi** de 1993, que alberga una colección importante de golosinas.

Menos original, aunque con su pizza también de rareza, es el santuario del pueblo de Kotohira en Kagawa, Kotohira-gu o conocido comúnmente como **Kompirasen (892-1, Kotohira, Nakatado, Kagawa 766-8501)**, un complejo de temples dedicado a los marineros que pasa por ser el más extenso de la isla de Shikoku. La peculiaridad de este lugar, además de la de estar en un maravilloso municipio que ofrece el visionado de decenas de construcciones antiguas, consiste en que para alcanzarlo hay que recorrer una extensa escalinata de setecientos ochenta y cinco peldaños que no permite alcanzar el punto final en menos de cuarenta y cinco minutos de caminata. Por si fuera poco, el recorrido está repleto de locales de comida y tiendas de recuerdos que completan el cuadro pintoresco. Por supuesto, su visita frenará aún más el ascenso. A continuación de la escalinata con la zona comercial, hay otro sendero de quinientos ochenta y tres peldaños más que lleva hasta el interior del santuario, desde donde las vistas son espectaculares.

El Kompirasen es de esos complejos sacros al que todo japonés desea ir alguna vez en su vida, como también pueden ser el de **Ise-Jingu (1 Ujitachicho, Ise, Mie 516-0023)** de Mie, el santuario sintoísta por antonomasia de Japón, cuya visita



La entrada al templo subterráneo Tamagawa-daishi



Un santuario en Suzaka, peculiar al haber sido levantado por labriegos en honor del *yakuza* Chūji Kunisada



Las escalinatas y comercios en el camino hacia el Santuario Kompirasan

tiene que ser completada con el disfrute de la calle comercial adyacente **Okage Yokochô (52 Ujinakanokiricho, Ise, Mie 516-8558)**, y por supuesto que con la visión de las rocas sagradas **Meoto Iwa (575 Futamichoe, Ise, Mie 519-0602)**, que están en la misma península de Mie. En relación con estos pedruscos, que se alzan sobre el mar y están atados por una soga de paja de arroz de una tonelada de peso, celebran la unión matrimonial. El más grande de ellos es el que tiene un pequeño *torii* sobre él, la representación de la masculinidad, y el otro, la de la femineidad. Meoto Iwa ofrece una de las estampas más reconocibles de la belleza de Japón, sobre todo en el ocaso de los días de verano, y es parte de un templo de nombre Futami Okitama.

Retomando Kotohira, hay que decir que, si tienes tiempo, puedes acercarte asimismo al otro reclamo indispensable del lugar, el Konpira Kabuki o **Kanamaruza (766-0001 Kagawa, Nakatado, Kotohira, 1241)**, un impresionante teatro de kabuki construido en 1835. Y para los más enamorados de lo estrafalario y oculto, la recomendación es el restaurante **Uncotsuya**, uno de los que pertenecen al *arcade Shôwa Sinmati (766-0002 Kagawa, Nakatado, Kotohira)*, porque contiene una habitación donde a los visitantes se les ha permitido garabatear *kanji* con proclamas o nombres, o incluso de empapelarla con pliegos pintorreados.

Muchos de los templos de la nación no son tan atractivos como los que acabamos de ver, por lo que su reclamo se apoya en el hecho de contener algún objeto que despierta la curiosidad. Entre estos podemos apuntar al **Minobu-Betsuin (3-2 Nihonbashikodenmachi, Chuuô, Tokio 103-0001)** en Tokio, que no debe ser confundido con el más popular *Daianrakuji*, el cual se encuentra en el mismo recinto, justo enfrente de la salida 2 de la estación de Kodemmachi. El pequeño oratorio es digno de ser visitado porque posee la única estatua Aburakake-Daikokuten de la ciudad y de las pocas que existen en todo Japón. El modo de honrar a este tipo de efigies es el de bañarlas en aceite, por lo que siempre están empapadas en el líquido negruzco. Se apoyan en una bandeja que no deja que el óleo caiga al suelo. La de Minobu-Betsuin se construyó al mismo tiempo que la capilla, tras la guerra, después de que la esposa del célebre actor Kazuo Hasegawa tuviese un sueño en el que Daikokuten se le aparecía para animarla a que se erigiese una capilla en su honor.

Si hay últimamente un objeto venerable de Japón que ha atrapado los corazones de los extranjeros, ese es sin duda el Maneki-neko, el gato de la fortuna que mueve una de sus patitas de arriba abajo como signo de llamada. Pues bien, hay dos templos que, como ocurría con la leyenda del fantasma de Yotsuya, se disputan ser el origen de la figura. En primer lugar, el **santuario Imado (1 Chôme-5-22 Imado, Taito, Tokio 111-0024)** de Asakusa, pero también el menos conocido **Gôtokuji (2 Chôme-24-7 Gôtokuji, Setagaya, Tokio 154-0021)**, donde están enterrados los restos de un poderoso *daimyô* llamado Ii Naotaka. Una leyenda señala que este samurái fue sorprendido por una tormenta que le obligó a cobijarse bajo un árbol que estaba plantado enfrente del templo. Desde allí divisó que en el interior de las instalaciones había un gato que parecía que le estaba llamando con insistencia, tan enérgicamente que al hombre no le quedó más remedio que acercarse. En el momento de levantarse, un rayo cayó sobre el árbol

para destruirlo por completo. Este suceso hizo creer a Naotaka que el animal le había salvado la vida, por lo que decidió donar al dueño del santuario, un monje que no estaba pasando por un buen momento económico, una interesante suma de dinero como signo de gratitud.

Hoy, a Gotokun-ji se acercan los amantes de los gatos, los cuales disfrutan de un cementerio propio dentro del sitio, y por supuesto los curiosos que desean conocer una de esas numerosas fábulas que existen sobre el origen del Maneki-neko. La gran cantidad de figuras del célebre minino, así como las pintorescas tablillas de madera *ema* donde el visitante puede escribir sus deseos, precisan un cuadro muy mono.

Algo que puede sorprender a los extranjeros es saber que los japoneses, a los que les gusta replicar tótems de la cultura occidental, también han copiado las cuevas francesas de Lourdes. Si en varias lugares del país, como por ejemplo en Nagoya, Nagasaki, Shizuoka o en las islas Goto se han emperifollado grutas para convertirlas en puntos de adoración de la Virgen María, en Tokio hay una minuciosa reproducción del santuario de nuestra señora de Lourdes, situada en la explanada del complejo perteneciente a la **iglesia católica de Sekiguchi (3 Chôme-16-15 Sekiguchi, Bunkyô, Tokio 112-0014)**. Para encontrarla exactamente hay que dirigirse hasta la catedral de Santa María, diseñada por Tange Kenzô en 1964. En puridad, la reproducción fue construida por un misionero francés llamado Henri Demangelle en 1911.

El **santuario Hisatomi-Inari (2 Chôme-17-1 Shinmachi, Setagaya, Tokio 154-0014)** también explota una figura para atraer a los fieles tokiotas. En este caso, han sustituido a los gatos de Gotokun-ji por búhos, los cuales se supone que daban suerte a los viajeros por la noche. De todos modos, lo más interesante de este templo se encuentra en su exterior, una versión reducida del pasaje de *torii* de color rojo que ha hecho popular a **Fushimi Inari-taisha (68 Fukakusa Yabunouchicho, Fushimi, Kioto, 612-0882)** en Nara, y que curiosamente pervive ahora entre edificios modernos, sobre el pavimento sucio y urbanita de la ciudad, como si sufriera un terrible abandono. Esto también le ocurre a una única puerta, la de **Toyokawa-Inari (1 Chôme-29 Jiyûgaoka, Meguro, Tokio 152-0035)**, que sobrevive sola sobre la acera de una estrecha calle comercial. La soledad de estas puertas —hay más a lo largo del país que soporta las mismas condiciones— contrasta con la notoriedad de otra hilera de *torii* **más concurrida para sacar fotografías bonitas en Tokio, la que se encuentra en el santuario Nezu (1 Chôme-28-9 Nezu, Bunkyô, Tokio 113-0031)**.

En los siguientes capítulos, descubriremos el resto de los puntos relacionados con el Japón clásico, que son desconocidos incluso para los nativos, desde edificios de la época Taishô que perviven hasta zonas de ciudades desaparecidas.

El Santuario Imado exige ser el origen del Maneki-neko

